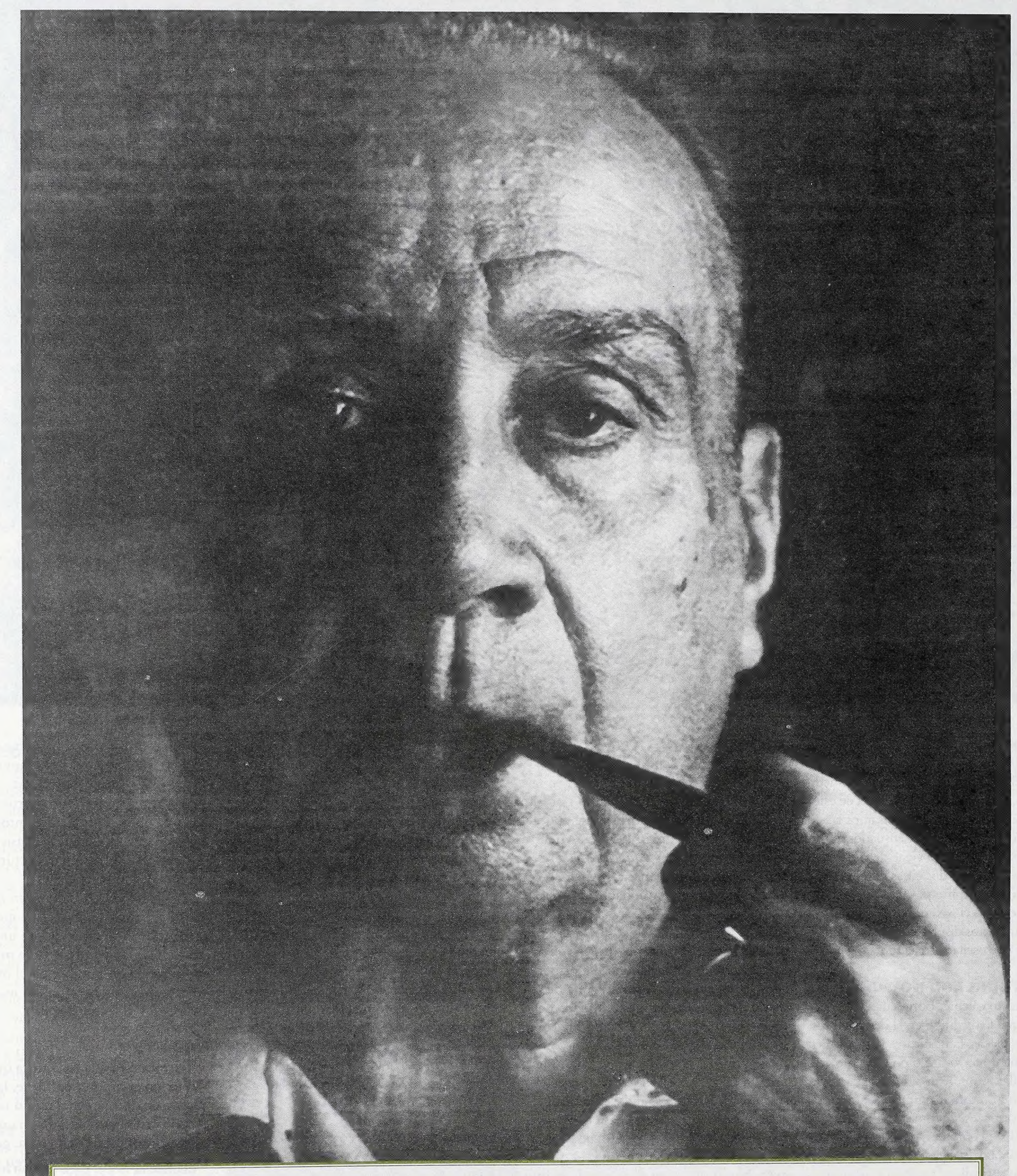
SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO III Nº 142
23• 07 • 2000

RADAR libros



EL BANQUETE

Cien (100) años de soledad hubiera cumplido Leopoldo Marechal en estas semanas. En el homenaje que *Radarlibros* le tributa, Héctor Libertella antepone a todas las críticas que podrían hacerse a sus libros el amor juvenil por esa obra desmesurada, argentina y no siempre bien leída.

LA PASIÓN DE MARECHAL por el neocriollo o el neoargentino era la pasión por querer mostrarlo de cuerpo presente en un libro definitivo que de pies a cabeza fuera un clásico del siglo XX. Pero, ¿cómo leen los argentinos y deciden qué es un clásico? Porque también hay formas locales de leer. Y en Argentina, más que de lecturas comunes de la tradición, habría que hablar de una tradición específica de lectura, que es la que nos distingue y tiene sus formas, hábitos y modos.

POR HÉCTOR LIBERTELLA Nacido el 11 de junio de 1900, muerto el 26 de junio de 1970, celebrado hoy en el 2000, peso, medida y número redondo darían la cifra de este escritor cada vez más solo si pensamos en nuestra literatura en los consensuados términos del canon. Pero cifra viene del árabe: –"sifr": *vacío, cero*– y dos cifras redondas remiten también al infinito: 00. ¿Qué siglo interminable, si no el XX, daría cabida a Marechal cuando nos disponemos a hacerle un homenaje que oscila entre el todo y la nada?

EVERYTHING AND NOTHING

En un texto célebre, Borges dice de Shakespeare que nadie hubo en él detrás de sus palabras copiosas, fantásticas y agitadas. En otro fragmento cuyo título no recuerdo, Henry Miller propone una mirada parecida sobre André Breton; inventa a un hombre hecho de disfraces, de tomas de decisión arbitrarias, de vida proteica de *dandy* en puertos, teatros y lupanares. La relación de Miller con los surrealistas tanto va y viene como la de Kerouac y los *beatniks* como Miller, y la de los propios *beatniks* con el surrealismo. (Quiero nombrarlos a todos porque yo a Marechal lo leí en medio de ellos. Aunque en su caso habrá que sustituir surrealismo por ultraísmo.)

El *dandy* porteño que él era empezó a escribir *Adán Buenosayres* en el París de 1930, el de la *belle époque*, y lo terminó en la Buenos Aires pastoril de 1948. Por esa localización y ese calendario, Marechal me hace acordar a un clásico oculto del Chile de aquellos mismos años: Juan Emar. La misma prosa, la misma poética, la misma vida y entorno cultural, el mismo destino (Emar se encerró en su fundo o chacra y produjo 4 mil páginas que guardó en un baúl, hasta que las generaciones las leyeran). Seguramente ambos se conocieron en el París de los antifaces dorados, el champán y las sustituciones de figuras.

A CONTRAMANO

¿Marechal fue expulsado del templo porque era peronista? Acaso no. "En la obra estaba el mal, entendiendo por esto el malestar de ese hombre en esa época literaria", dice Damián J. Ferla. Mientras Marechal escribía el *Adán Buenosayres*, con esa costumbre binaria suya de lo celeste versus lo terrestre, hacia los años 40 y 50 todas las disciplinas y la sensibilidad empezaban a irse a otro lado y no se preocupaban por el mito del origen o por el hombre como centro único. La dispersión ya era la crisis, la nueva zona de armado. ¿Empezaba la inestabilidad? La misma literatura iba caminando hacia un sujeto virtual que empezaba a ser compuesto por las cosas y ya no tenía mucha noción de sí. En 1948, exactamente el mismo año en que se publicaba aquí el *Adán...*, Albert Camus, en *El extranjero*, hacía decirle esto a su personaje Meursault: "Hoy ha muerto mamá. O quizás ayer. No lo sé". Y en el colmo de la indiferencia amatoria, a propósito de su novia: "En la oscuridad del cine, María apretaba su pierna contra la mía. Yo le acariciaba los senos. Hacia el fin de la función la besé, pero mal. Al salir vino a mi casa. Cuando me desperté, María se había marchado. Pensé que era domingo y me fastidió: no me gusta el domingo". El sujeto de Camus pasaba de la identidad a la indolente entidad, y entonces un libro con un yo tan fuerte, seguro y creído de sí como el *Adán...* quedaba un poco a contramano, en un tiempo cuando ya Macedonio Fernández había emitido aquí su receta premonitoria: "Derrotar la estabilidad de cada uno en su yo".

NARCISO

"Soy Narciso, el del estanque: estancamiento y desastre", diría veintitantos años después Osvaldo Lamborghini. ¿Cómo operó esa mirada en el estanque, si pensamos que vida y obra del autor son dos cosas que la crítica no separa en Marechal? En el *Adán...*, ese Narciso dice todo el tiempo *¡presente!* Desde el título mismo, que atesora la enorme pretensión de ofrecerse como una cosmogonía: el nacimiento de un cosmos, el primer hombre y la ciudad de Buenos Aires definitiva y ancestral, con *y* griega. El mapa de Narciso, y un narciso del tamaño del mapa de toda una ciudad. La prosa amarrada al yo y el escritor estabilizado sobre esa tabla de salvación, haciendo la plancha y descansando plácidamente en pleno estanque, mientras alrededor se levanta tormenta y hay mucho viento y olas. ¿Tal vez Marechal se *reconocía* demasiado en lo que escribía, especie de anagnórisis teatral consigo mismo?

LIFTING

Dieciocho años llevó la elaboración del *Adán...* No fue una redacción de tiempo completo. Marechal tomó el libro y lo dejó. Y lo retomó. ¿Habrá habido mucho proceso de reescritura? Ya sabemos que la corrección (paradoja de paradojas) es el arte de darle naturalidad a lo muy trabajado. Algo que al escritor le llevó mucho tiempo, pero que no declara su edad. Lo curioso es que, aunque tenga eficacia y alcance la naturalidad, ese tipo de trabajo siempre deja un resto de artificio, como la sensación de un cuerpo orgánico, sí, pero con huesos o varillas de metal adentro. Una prosa que hace de la reescritura una célula fría entre otras prácticas comunicativas: un robot que lleva a cuestas el viejo fantasma llamado literatura (obviamente, la voz de la literatura no es una voz natural sino una voz *producida*, como en tal o cual bella dama siempre puede rondar el fantasma de un *lifting*). De todo clásico podríamos decir que lo es porque tiene una memoria o un eco incorporado del viejo fantasma de la literatura, y que ese fantasma es más longevo que cualquier libro particular. Si está en la obra, le transmite entonces su propia perdurabilidad de clásico y hasta garantiza su reciclado de lectura. Y si no está, la deja morir nonata.

Cuando hablamos de *Adán Buenosayres*, ¿hablamos de un clásico que se reescribe todo el tiempo? ¿O de una pieza antropológica y caliente que muestra las pasiones de un hombre en el museo de nuestra historia literaria? El mercado propone y el lector dispone.

ERUDITO

De Homero a la torcedura quevediana, del tango al hipotético Joyce, la máquina picacarne de Marechal metió todas sus lecturas en el embudo de una manera que algunos creen desprolija, golosa. Pero el referencial clásico, griego y latino, no aparece en el *Adán...* ostentosamente exhibido, como si él fuera un profesor o un teórico. Ocurre que en el escritor la erudición tiene leyes diferenciales: la cita y la paráfrasis tienden a unir campo de lecturas y sistema ficcional, y ese sistema habrá de ligarse a la patología del escritor. Como decir que la erudición de Paul Groussac es hija de un sistema; por otro lado, la de Pepe Bianco; por un tercero, la de Marechal. A propósito de ellos, nos podríamos preguntar: ¿cómo será de diferencial la erudición entre un francés y un argentino? ¿Será el modo diferente de exhibir o esconder alternativamente las lecturas previas? ¿Serán sus lecturas previas esa incrustación o engarce de lo ajeno llamado *cita*? O quizás, apenas, el eco de ese residuo que produce el proceso autofágico, ¿escultural?, erótico, cultural, de moldear unos cuerpos de lectura en otros.

Augusto Roa Bastos, Leopoldo Marechal y Gabriel García Márquez

¿CATÓLICO O DANTESCO?

¿Marechal platónico, tomista, católico? Vaya a saberse dónde se cruzan y separan religión de literatura, y literatura de filosofía. Lo único probable es el chiste. Seguro que Marechal leyó a François Mauriac, al menos allí donde Mauriac dice: "Uno tendría que ser un santo, pero entonces no escribiría novelas". Más que la patrística está la *Divina comedia* (también el *Adán...* se divide en siete libros), y bajo el cielo celeste donde se dibujan los héroes liberales –Rivadavia, Sarmiento–, se produce el descenso a los infiernos de Schulze. Y de Schulze pasamos a Xul Solar, como si el neocriollo fuera el holograma o la proyección de una astrología americana, la búsqueda de un dibujo abstracto. ¿Acaso Xul era católico?

LECTURAS ARGENTINAS

A propósito de los clásicos, se me ocurre que la pasión de Marechal por el neocriollo o el neoargentino era la pasión por querer mostrarlo de cuerpo presente en un libro definitivo que de pies a cabeza fuera un clásico del siglo XX. Pero, ¿cómo leen los argentinos y deciden qué es un clásico? Porque también hay formas locales de leer. Y en Argentina, más que de lecturas comunes de la tradición, habría que hablar de *una tradición específica* de lectura, que es la que nos distingue, y tiene sus formas, hábitos y modos. ¿Por qué aquí se lee de una manera, y en otros lugares de otra manera? ¿No es que la lectura es un fenómeno universal? Parece que no. Sería como decir que por la forma de leer de los argentinos es posible armar otra loca noción de Nación, de Nación Argentina, armada ya no según límites geográficos, historia o etnia, sino en los procesos íntimos de la lectoescritura que nos enseñaron en la escuela. ¡Si hasta podríamos decir que en Santiago del Estero se lee distinto que en Buenos Aires...!

En medio de esa otra crisis o dispersión de fragmentos (en los que el lector queda como un *individuo extremo*), ¿quién es neocriollo y qué libro o Biblia literaria podría capturarlo? Es el riesgo al que se sometió Marechal: la construcción de un clásico *a priori*. Una vez más, el lector decide. Al fin y al cabo, cada libro se puede leer de acuerdo con las leyes promedio de la tierra del mercado, que discontinúan o ponen de moda según un capricho muy organizado. Misterios de la lectoescritura que los editores no alcanzan a entender (y tampoco Marechal, quien, además, fue maestro de escuela).

Yo amé en mi adolescencia esa prosa, de ella me nutrí en mis primeros libros. Y aunque hoy se me ha hecho un amor un poco lejano, sigo respetando mi adolescencia y mis lecturas. *Para tener dignidad hay que tener memoria.*

LOS ROARING SIXTIES

Conocí a Marechal en 1968. *Adán Buenosayres* se había publicado veinte años antes en una edición de 1500 ejemplares, de la que sólo se vendieron 150. Y de pronto los medios lo relanzaban a los jóvenes y don Leopoldo era el "boom". Venía de veinte años de silencio pero aquí, como en el tango, veinte años no es nada. Como tanguero viejo, también, tenía el pelo un poco "matizado", blandía su pipa lustrosa y hasta llevaba una flor en el ojal. "¿De dónde salió este hombre?", me preguntaba yo, mientras me reunía con él en pleno entorno de los *happenings* del Di Tella, las minifaldas y los primeros lectores de Lacan, para quienes la verdadera intriga era El Otro. Yo tenía 22 años, y Marechal (con Bernardo Verbitsky y David Viñas) me había dado el Premio Paidós de Novela.

Recuerdo que El Otro era un tipo fantástico: hacía lo que podía para acomodarse en la cadena (en aquella época se la llamaba "cadena significante"). *El banquete de Severo Arcángel* había salido unos dos años antes y yo lo leí con unción: era un Marechal mucho más sobrio que el de *Adán...*, iba hacia el hueso, el esqueleto de la cosa (a mí me encantó ese rasgo más frío). Después me fui de Argentina y dos años más tarde él se murió. ¡Qué destino –pensé–, como el de Gombrowicz! Toda una vida de libros y sólo cinco años finales en la ilusoria felicidad de la difusión.

PREPERONISTA, POSLIBERAL

Etimológicamente, modificar no significa "cambiar" algo sino, al revés, darle "modo" a una época. ¿Es peronista Marechal en su literatura? Parece imposible pensarlo así, si recordamos que él venía del riñón del martinfierrismo o, mejor, que desde la revista *Martín Fierro* hasta la terminación del *Adán...* el fenómeno del peronismo era sólo una realidad política virtual. El tiempo puede ser metafísicamente lineal en política. Pero el tiempo de la literatura es literalmente un pliegue, tal cual se pliega una hoja de papel. Hay que recorrer con el dedo y plegar o doblar 700 páginas de *Adán Buenosayres* para adivinar ese libro sin un antes ni un después político.

1900-2000

Marechal murió en 1970 y todavía hoy se lo lee: el *Adán...* tuvo una sobrevida física de 30 años. Sea como fuere la vigencia y perdurabilidad de un autor en el ciclo rotativo de la moda, quien esto escribe debe decir: yo amé en mi adolescencia esa prosa, de ella me nutrí en mis primeros libros. Y aunque hoy se me ha hecho un amor un poco lejano, sigo respetando mi adolescencia y mis lecturas.

Antiguo proverbio árabe: "Para tener dignidad hay que tener memoria".♣

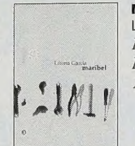
NOTICIAS DEL MUNDO

Ocio femenino

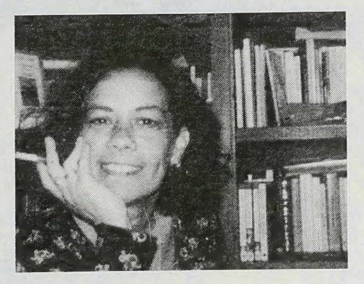
Con organización del Instituto Inrterdisciplinario de estudios de género se desarrollarán entre el 2 y el 5 de agosto las VI Jornadas de Historia de las Mujeres y el I Congreso Iberoamericano de Estudios de las Mujeres y de Género bajo el lema "Voces en conflicto, espacios de disputa". Las sesiones se desarrollarán en el tercer piso de la sede de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires), Puán 480. La convocatoria está dirigida a todos aquellos interesados en reflexionar sobre las relaciones de género y las diferentes problemáticas socioculturales e históricas. La conferencia inaugural (martes 2, a las 11 hs.) estará a cargo de Marysa Navarro. El cronograma de las Jornadas incluye a más de 400 expositores/as especialistas en mesas generales, talleres, mesas redondas y paneles. Se entregarán certificados de asistencia a aquellos que se inscriban el día de la apertura. Auspician las actividades el Programa Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires, Adjuntía en Derechos Humanos, Archivo General de la Nación (AGN), New York University in Buenos Aires (SIC), Editorial Paidós, Museo Histórico Roca, Feminaria Editora. Han comprometido su presencia, entre otras figuras del universo femenino, Sonia Alvarez, Ofelia Schutte, Nelly Richard, Francine Masiello, Sylvia Molloy, Cristina Iglesia, Margo Glantz (México), Diamela Eltit (Chile), Tununa Mercado, Matilde Sánchez, Diana Bellessi, Mirtha Rosemberg, Tamara Kamenszain, Laura Cerrato, Ana Amado y Vanna Andreini. Mayores informes en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género: **iiege@filo.uba.ar**.

El Programa de Teoría y Crítica Literaria del Instituto de Filología Española de la Facultad de Filosofía y Letras coordinado por Nicolás Rosa convoca al Simposium sobre el tema: "Miradas del otro/miradas sobre el otro" organizado con el auspicio de la Unesco por la AILC (Asociación Internacional de Literatura Comparada) que preside el Prof. Jean Bessiere. Los encuentros se realizarán en el mes de setiembre próximo en el Museo Roca (Vicente López 2220 de la ciudad de Buenos Aires).

La Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico y Cultural convoca a las jornadas "El idioma, un patrimonio" que se desarrollarán entre los días 9 y 11 de octubre próximos en la Sala D del Centro Cultural General San Martín (Sarmiento 1551), con el objetivo de "reflexionar y debatir sobre las acciones y políticas de promoción y defensa del castellano en estos momentos de globalización cultural e imperio absoluto de la lógica de mercado". No se trata, aclaran los organizadores, de frenar los procesos de la historia, dado que el contacto entre lenguas y las transgresiones a la norma han sido desde siempre los motores del cambio lingüístico, sino de "discutir y diseñar estrategias de protección y difusión de nuestro idioma". Para mayor información comunicarse con la coordinación de las jornadas al 15-40650997.



MARIBEL
Liliana García
Bajo la luna nueva
Buenos Aires, 2000
128 págs. $ 14



POR GABRIELA BEJERMAN Tal vez porque los anteriores libros de Liliana García son de poemas *Correspondencia incompleta* (Bajo la luna nueva, 1996) y *Estados de la materia* (1999, inédito), *Maribel*, su primera novela –cuidada delicadamente por la misma editorial–, tenga una voz poética que en un lenguaje muy mental y muy íntimo conoce a Maribel como ella se conoce a sí misma.

Maribel ha decidido entregarse a la absoluta distracción, al ocio: la plomería, la albañilería, la electricidad... todas en femenino, al igual que sus clientas, las chicas que Maribel ama y socorre según un patrón justísimo de urgencias. Los principios de Maribel hacen discurrir su vida lo más ordenadamente posible, pero es quizá la presencia de Helena en su patio, escribiendo cada tarde en su Poder del Libro (*notebook*), lo que finalmente obliga a Maribel a quemar el turbio jardín y a sacudir la tierra para volver a trazar en ella una linda espiral donde la vida entre en nuevos pa(i)sajes que terminará de conocer para penetrar en uno nuevo, el final del libro.

Helena llega todos los días en silencio y permanece allí, modificando los espacios de la casa, de los sentimientos, como un desarreglo floral ¿Se hablarán en voz alta o mentalmente ellas dos? Sus palabras suenan tan precisas que parecen abstractas, como si practicaran un rito poético, manteniéndolas siempre en el interior de soledad y silencio. Las palabras son también un conjuro, una frase salvadora y aun puede intentarse fingir escribir hasta lograrlo (un buen consejo para escritores en involuntarias vacaciones).

Más que capacidad de expresión, las palabras tienen el poder de visualizar la realidad y de convertirla rápidamente en algo que permita hacer pie, imaginar por dónde va el camino laberíntico y circular del tiempo que se vive.

También cuidar las plantas, identificar los augurios, controlar la distribución de las cosas y limpiar aparecen como técnicas de supervivencia filosófica. Cada acto encierra, como un capullo japonés, la continuidad de una vida misteriosa, más secreta para quien la vive que para ninguna otra persona, ninguna otra mujer. Esa intuición cotidiana que hace avanzar el Ser a través de la Verdad mediante una estrategia para desviar o apropiarse del Poder es la cotidianeidad de Maribel, estrechada con su propio nivel áurico. Sin embargo, el Poder está rodeado del peligro de la melancolía indolente, de la luz del invierno, de la interminable necesidad.

"¿Cuántas malditas veces creía Maribel que podía prender fuego a su patio?", se pregunta la novela. El epígrafe de Jane Bowles habla de estar destrozada, pero ser audaz, feliz, poderosa, nueva, fuerte para cambiar, sufrir y sentir: para quemar el patio cuantas veces sea necesario.

¿Será el sufrimiento humano igual para la mujer que para el hombre? La respuesta se halla, en la novela, en el modo de contemplación, *estar en espera, estar en el patio tomando té y cognac, estar como las plantas*, creciendo según su especie les dicte, de modo recto y enano, o en forma voluble atrapando y envolviendo todo cuanto en su camino se topa, como por ejemplo la Cabellera de Venus, que con su perfume nos hace percibir en ella pura beatitud.♣

Ficciones del futuro

MÁS Y MEJORES CUENTOS 53 JÓVENES, 53 RELATOS Y EJERCICIOS DE ESTILO
Diego Paszkowski (ed.)
Eudeba
Buenos Aires, 2000
348 págs, $ 18

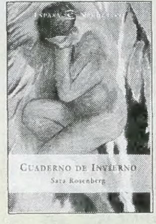
POR JORGE PINEDO Cualquier lector sabe que de un libro de cuentos sólo algunos logran destacarse, impactar en forma contundente. Luego, que los hay no tan rotundos y hasta abundan los olvidables cuando no los omitibles. Si esto sucede en el libro de un solo escritor, ventura y riesgo se multiplican cuando se trata de cincuenta y tres autores. Cifra que al hacer corresponder unívocamente un texto a un relator nunca deja espacio para la confirmación del acierto o para la reivindicación del desliz. El drama de ese curioso género cooperativista que campea en las compilaciones se corrobora en la riesgosa apuesta cuanti/cuali (*Más y mejores cuentos*) editada por Diego Paszkowski e impresa por Eudeba, el Centro Cultural Ricardo Rojas y la Secretaría de Extensión de la UBA.

Selección de textos surgidos de los Talleres de Escritura coordinados por Paszkowski en la UBA y en el Centro Cultural General San Martín, el resultado ostenta esa impronta casi neurótica que, necesariamente, impone la asimétrica relación docente-alumno. Menudencia al fin y al cabo insuficiente en relación con esta antología, donde más a menudo de lo que pueda preverse, la selección realizada por Paszkowski permite toparse con cuentos deslumbrantes, fuertes, concisos ("Puercas" de Lorena Prieto o "Seguridad" de Nicolás Lantos, lejos, los mejores), astutos y correctamente narrados ("La terapia del Doctor Rosi" de Juan Jason), morosos y prolijos ("Un edificio de la calle Laprida" de Elisa Decaro), entramados y duros, aunque sutiles ("Todo lo que necesitaba" de Antonio Díaz), tiernos y rotundos ("Nuestro escondite secreto" de Juan M. Strassburger).

En una distinción no delimitada gráficamente sino por el artificio del "principio" y del "final" del volumen, en el prólogo Paszkowski diferencia los "cuentos propiamente dichos" de los "breves ejercicios de estilo". Sin embargo, relatos ubicados en este último sector resultan narraciones contundentes y acordes a las reglas del arte ("Heime siempre sonríe" de Sofía Castro), retazos de cotidianeidad acotada ("La novela de las cinco" de Paula Badariotti), versiones dimensionadas de la brutalidad ("Seguridad" de Nicolás Lantos); es decir, cuentos hechos y derechos. Pulibles, peinables, editables, acaso mejorables, como todos los cuentos, aun los de autores llamados "consagrados".

Avido muestrario de una generación de escritores (en su mayoría menores de veinticinco años) que se avecina con potencia imparable, *Más y mejores cuentos* confirma que a redactar, como a andar en bicicleta, se puede enseñar. A escribir, como a amar, sólo se aprende.♣

LA HERMANA EXILIADA



UN HILO ROJO
CUADERNO DE INVIERNO
Sara Rosenberg
Espasa Narrativa
Madrid, 1998 y 1999
204 y 254 págs., $ 26 y 28

POR GUILLERMO SACCOMANNO En *Las hermanas alemanas* de Margarethe von Trotta, aquel film sobre la violencia revolucionaria de los setenta, una de las protagonistas, la más joven, la guerrillera poseída, está presa y posiblemente será asesinada en la cárcel. La otra, también militante, pero no violenta, se pregunta qué hacer, cómo luchar por su hermana para impedir su ejecución. Una compañera feminista le recomienda que escriba, que cuente lo que está viviendo. En más de un sentido, en la actitud que asume la narradora de *Las hermanas alemanas*, de un modo sartreano, se pone en juego su propia historia, desde la infancia compartida con su hermana menor, travesuras y aprendizajes, hasta la historia colectiva, el nazismo, el aburguesamiento, la edad de la razón. La elección de esta perspectiva literaria se proyecta sutilmente en las dos novelas que Sara Rosenberg (1954) publicó en España en los últimos dos años. Una biografía breve de Rosenberg conjuga su nacimiento en Tucumán, que fue pintora y escultora, exiliada en Canadá y México, afincada finalmente en España. En su poco ortodoxa trayectoria, todo un gesto elocuente de los setenta, Rosenberg practicó también la fotografía de prensa y la indagación teatral. Abocada a la escritura, con *Un hilo rojo* (1998) y *Cuaderno de invierno* (1999), Rosenberg demuestra un pulso narrativo firme, un oficio en el que impera un tono seco que puede contener lo poético. Las dos novelas, pésimamente distribuidas en nuestro país, fueron publicadas por Espasa Narrativa del grupo editorial Planeta en España.

En *Un hilo rojo*, su protagonista, Julia, reúne la doble condición de mujer y militante. Si hay una fuerza extrema en este relato que, a la manera del Akutagawa de *En el bosque*, se arma con distintas voces, ésta no proviene sólo de la experiencia de la autora que, no caben dudas, sabe de lo que habla. Casi una pesquisa, el *research* para un guión cinematográfico, conjuga distintas versiones sobre Julia, testimonios que urden su retrato. Los diversos prismas, complementarios, le permiten a Rosenberg incurrir en la experimentación de registros cambiantes. Así, la historia de Julia, conectada por un hilo rojo, va creciendo hasta transformarse en un emblema generacional. Lo interesante, en todo caso, no reside únicamente en la agilidad y el ritmo que la escritura no negocian. Está también en una reconstrucción de época y, durante esta búsqueda, en el cuestionamiento, como en Von Trotta, de lo personal y lo colectivo. Si la novela, como género, suele plantearse como visión totalizadora, Rosenberg, sin inocencia, articula su proyecto a partir de la fragmentación, como si los testimonios que se articulan fueran, en tiempo de capitalismo triunfalista y posmodernidad amnésica, restos, astillas, esquirlas, escenas recortadas que, con la técnica del cuento, se ponen a disposición de una estructura mayor.

La ferocidad de *Un hilo rojo* se vuelve una serenidad tensa; la calma que precede una tormenta, en *Cuaderno de invierno*. Rosenberg escribe su segunda novela bajo una cita de las *Tesis de la Filosofía de la Historia* donde Walter Benjamin critica la socialdemocracia y su forma de aplacar las contradicciones ¿Qué es aquello que permanece de los tiempos previos al exilio y qué ha cambiado? ¿Qué perdura de aquella otra heroína, la Julia de *Un hilo rojo*, en esta otra protagonista, Ana, una médica anclada en España en la actualidad? La insurgencia desaforada parece haberse apagado. Sin embargo, a Ana le cuesta, a partir de la muerte de su padre, volver a un país, *este* país, y enfrentar su pasado. "Es un país curioso el mío", escribe Rosenberg. "La última vez que hablé con una vieja amiga, me dijo que estaba harta de la gente como yo, que se ha quedado en el pasado y no es capaz de ver que están en otro tiempo. Eso que llaman despectivamente *los setenta*, como si fueran tres o cuatro siglos atrás". En *Cuaderno de invierno* hay una travesía íntima que vincula tanto las sombras del nazismo, la dictadura, el comercio de órganos infantiles en el noroeste, como la dificultad de reconciliarse con las propias frustraciones. En *Un hilo rojo* la trama se clausuraba con una anotación de Julia antes de ser masacrada, la asociación entre "memoria" y "me moría". Porque la memoria, el rescate de los setenta, es la obsesión de Rosenberg. En sus narraciones suelen detectarse ligeros desajustes lexicales, locuciones españolas que, cada tanto, suben sin querer a la superficie, un titubeo entre el tú y el vos. Lo que viene a marcar que la lengua en la que Rosenberg escribe, corresponde al exilio. Porque estos *como* fallidos vienen a advertir algo insinuado en *Un hilo rojo*: "Si la historia no encuentra un comienzo preciso es porque todavía carece de un lugar". No obstante, en esta contradicción que desgarra, Rosenberg prueba que ese lugar de búsqueda es un acá traumático, donde reside la memoria, escrita también desde una lengua afectada por la diáspora.♣

ENFAMILIA

¿Qué escenas familiares consideran los escritores fundantes de su literatura? Responde Obi, autor de *A dios gracias existe el cielo*.

¿Cuándo sucedió lo que sucedió? ¿Cuándo estalló ese click, marcando un antes y un después en mi noviazgo con la literatura? Revoltoso noviazgo, voluptuoso. Debo ser uno de los amantes más cornudos de la historia...

¿A ver?... Sí... Claro, en ese entonces... No, yo estaba... Sí, sí, fue el año en que mi prima... ¿La abuela seguía entre nosotros? ¡Pero qué tarado! Teníamos el mil quinientos... ¿Teníamos el mil quinientos...? ¡Qué va!, imposible acordarme. En todo caso, iba por los dieciocho o diecinueve, y corrían años donde el apodo El Turco no remitía a ningún famoso –ni había aún graciosos que encendían fósforos en la puerta de la AMIA. Eso. Lindos años. Adentro mío pasaba de todo.

Había terminado el secundario y no tenía idea de lo que quería ser en la vida. Sin embargo, algo tenía en claro: todo lo que no quería ser. Vivía con mi mamá y dos hermanas. Nos llevábamos mal. Mi casa era un asco, puro grito, pura trompada. Eramos clase media, y digo esto, porque está directamente ligado con la anécdota.

En la clase media, leer es considerado "bien". Leer está "bien". Entonces, ¡fuerza muchacho!, y arranquemos...

Un hábito que tenía, sigilosamente empezó a crecer, y cuando me di cuenta, ya era vicio: Leer. Leer todos los días. Por lo tanto, ahí estaba, tirado a lo largo del sillón del living, con un libro abierto frente a la nariz. Cuando, de pronto, la voz de mi mamá se elevó desde el fondo del pasillo.

—¡Obi, Obi! ¿Dónde estás?—

La voz se acercaba.

— Obi, O...—

Dios mío, ¿qué era esta vez? ¿Qué? Y sucedió lo interesante. Mi mamá entró al living, me vio, frenó en seco y volvió sobre sus pasos en silencio. No entendí nada. ¿Adónde estaba el alarido por estar como un vagoneta en plena tarde, leyendo, para colmo, con las zapatillas sucias encima del sillón?

Ah... Comprendí la escena al instante. Mi mamá me había encontrado leyendo, y leer estaba "bien". ¿Escucharon? Pues bien, lo que leía era *Las 120 jornadas de Sodoma* del Marqués de Sade. Más precisamente un pasaje donde cinco monjes ebrios violaban y ultrajaban de todas formas y en todas las posiciones la vulva pelada e inocente de una niña de ocho años, en el sótano de una iglesia.

Bien. Digo lo siguiente: ¿en el mundo de las ideas no se cometen las mayores atrocidades? Hitler era un lector compulsivo y leyó más que toda mi familia junta. La gente estudiosa, lectora, de escritorio, como Videla, que gana plata con su cerebro, ojo, mucho ojo, es la peligrosa.

¿Qué es esa mierda de que leer está "bien"? Yo, al menos, no soy peor o mejor persona, justamente por leer ¿Leerá el Barba en el cielo? ¿El mundo sería mejor si se leyera más? Leer abre caminos y llena de preguntas el cerebro, ampliando el universo. Leer es una experiencia. Gratificante. Hablo de la marea y la sombra. Que dejen a Hitlers y Videlas leer. Sobre todo, publicar, para no leer. Leer no está "bien", ¿estamos? Está "bien" lo que se lee y cómo se interpreta.

Y ahora, disculpen, voy a darle un besito al volumen de Sade.

OBI

BOCA DE URNA

Sucios secretitos

Los libros más vendidos de la semana en Librería Jenny/ El Ateneo

FICCION

1. **Don José (La vida de San Martín)**
José Ignacio García Hamilton
(Sudamericana, $ 19)

2. **Harry Potter y la piedra filosofal**
J. K. Rowling
(Emecé, $ 12)

3. **Amarse con los ojos abiertos**
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 19)

4. **Harry Potter y la cámara secreta**
J. K. Rowling
(Emecé, $ 15)

5. **Harry Potter y el prisionero de Azkaban**
J. K. Rowling
(Emecé, $ 16)

6. **Manual del guerrero de la luz**
Paulo Coelho
(Planeta, $ 10)

NO FICCION

1. **La resistencia**
Ernesto Sabato
(Seix Barral, $ 15)

2. **Deja de roncar**
S. de Bejar
(Plaza & Janés, $ 8)

3. **Mujeres de 50**
Daniela Di Segni y H. V. Levy
(Sudamericana, $ 13)

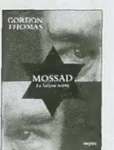
4. **Recuentos para Demian**
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 16)

5. **Cuentos para pensar**
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 18)

6. **Tu hijo año por año (Guía Médica)**
J. C. Mercado
(Atlántida, $ 13,90)

¿Por qué se venden estos libros?
"La variedad de estos libros es una muestra de la heterogeneidad del público. Sabato es un escritor muy tradicional en Argentina que, paralelamente, cuenta con un gran aparato de publicidad. En cuanto a Rowling, constituye un fenómeno a nivel mundial, y hay una suerte de fiebre de Harry Potter en el público local", opina Carolina Muzi, encargada del departamento de marketing de la librería El Ateneo.

El atentado contra la embajada de Israel: también allí habría jugado el Mossad un papel central.



MOSSAD, LA HISTORIA SECRETA
Gordon Thomas
trad. Gerardo Gambolini
Vergara
Buenos Aires, 2000
408 págs. $ 21

POR SERGIO MORENO Capturaron a Adolf Eichmann en Buenos Aires, rescataron al pasaje entero de un avión secuestrado por extremistas de las Baader Meinhof en Entebbe (Uganda) y asesinaron a cada uno de los terroristas de Septiembre Negro que en 1972 habían matado al equipo olímpico israelí en Munich. Estas acciones otorgaron a los agentes del Mossad cierta escabrosa notoriedad –que en el oscuro mundo de la inteligencia ayudaron a crear el mito– y cubrieron a la institución de un aura de eficiencia, profesionalismo y falta de escrúpulos a la hora de cumplir sus cometidos.

La CIA ha sido la agencia de inteligencia más demonizada y odiada de la humanidad (tal vez por ser el brazo operativo de la principal potencia del mundo). El británico MI6 ha servido de abono al romanticismo y a la imaginación de novelistas y guionistas de todo pelaje. La KGB fue el símbolo del terror policial omnipresente que un Estado puede desatar sobre sus ciudadanos. Pero es el Mossad el servicio de inteligencia que, además de reunir un poco de cada una de estas cualidades se ha convertido en el paradigma del espionaje de Estado. Así lo presenta Gordon Thomas en su último libro, *Mossad, la historia secreta*.

El Mossad fue, desde su creación en 1951, brazo ejecutor de las oscuras políticas secretas del Estado israelí –todavía mucho más oscuras tratándose de un Estado que se considera permanentemente en guerra. Para su investigación, Thomas consultó fuentes del mundo occidental y de Medio Oriente, comenzando por la mayoría de los nueve directores generales que tuvo el Mossad desde su nacimiento. El autor, conocedor de los bueyes con los que debe arar, aporta una larga lista de fuentes e informantes al final del texto y aclara que tiene más de ochenta horas de grabaciones en su poder.

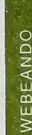
Thomas revela secretos y, cuando menos, siembra dudas sobre hechos que bien *podrían* haber ocurrido tal como los describe. Pocos actos serían más nocivos para la más activa y eficiente agencia de espionaje de la Tierra que lo que podría considerarse –dentro de sus perversos códigos– una delación minuciosa de sus principales acciones desde 1951 a la fecha.

El libro de este periodista y estudioso de los servicios de inteligencia más famosos del mundo acierta doblemente: siendo un libro de historia política contemporánea es, a la vez, una novela de espionaje (con la salvedad de que los hechos narrados son "reales"). El documental de Gordon Thomas no se limita a las grandes operaciones del Mossad, oportunamente publicadas por casi todos los medios del mundo y enumeradas al comienzo de esta reseña. Cuenta detalladamente, además, las acciones que salieron bien y las que salieron mal, las que finalmente se llevaron adelante y las abortadas. Todas efectuadas con el visto bueno del Primer Ministro israelí, fuera del partido que fuere.

Así, *Mossad* relata, entre otras, la formación, instrucción y obligaciones de sus espías (cómo camuflarse, cómo secuestrar, cómo cambiar información, cómo reclutar, cómo utilizar las vulnerabilidades del oponente, cómo asesinar), la red de contactos con agencias "amigas" (la CIA, el MI6, la BND alemana, la OSE de la Sudáfrica del Apartheid), además de las alianzas ocasionales con el servicio secreto de China comunista y con la KGB, la operación para conseguir establecer relaciones con la Santa Sede –iniciada por Golda Meir– y los favores del Vaticano, concretados a partir de la información más valiosa que tuvo el Papa Juan Pablo II (y que fue aportada por el Mossad): cuál había sido el Estado que indujo a Mehmet Alí Agca a atentar contra su vida a principios de los '80, las maniobras que posibilitaron la creación del arsenal nuclear israelí y la participación del servicio secreto en el accidente fatal de Lady Di. El libro, sin embargo, tiene flaquezas no menores (sobre todo para el lector argentino). Thomas derrapa cuando se adentra en las acciones realizadas por el Mossad en relación con los atentados a la Embajada de Israel en Buenos Aires y a la AMIA. Su texto da por cierta una serie de inexactitudes y errores (por ejemplo: que cuatro agentes de la Policía Federal fueron detenidos tras el ataque a la sede diplomática), se equivoca al identificar a un supuesto terrorista árabe –que en realidad era el brasilero Ribeiro Da Luz– e introduce como sospechoso al chofer del por entonces embajador de Pakistán –un hombre (y esto no dice el libro) que dejó su trabajo en esa legación, se empleó como mozo de un restaurante árabe en Buenos Aires y que ahora vive en Estados Unidos.

Thomas afirma, además, que el Mossad logró identificar al terrorista que colocó el coche-bomba por los videos de seguridad de la Embajada. En realidad, el sistema fue completamente destruido por la explosión y no se utilizaba para grabar, sino como monitoreo. Y, además, en el expediente judicial consta que Israel (y se supone que el Mossad) informaron que no existen tales grabaciones.

Es difícil, por lo tanto, decidir si todo lo que cuenta Thomas en *Mossad* es verdad. Así como se pudo comprobar que el capítulo dedicado a la Argentina es bastante inexacto, otros hechos relatados aquí podrían también carecer de rigor. Si el conjunto del libro impresiona como verídico, deja abierta la ventana para especulaciones paranoicas: ¿no será este relato, también, una operación del Mossad?♣



La tinta eléctrica

A propósito de la narrativa *on-line*, Rodrigo Fresán compara el libro como objeto y su mecanismo de acción y tracción a sangre (tan similar a una puerta que se abre y se cruza) con la pantalla de una computadora (tan parecida al marco de una ventana que permite contemplar el universo entero pero nunca penetrarlo).

POR RODRIGO FRESÁN Cuando la computadora y la Red llegaron a los escritores como herramienta comenzó a hablarse, sin demora, del final del libro. Un polémico artículo de Robert Coover en las páginas de *The New York Review of Books* a principios de los '90 fue el disparo de largada y entonces –con la electrificación de técnicas ya ensayadas por William Burroughs– comenzó a hablarse de hipertexto, de no-linealidad, de creaciones colectivas, del lector como elemento interactuante con la trama, esas cosas. Así, no demoraron en aparecer sitios-novelas, tramas atómicas, versiones sofisticadas de aquellos libros estilo *Elige tu propia aventura* apostando a poner fin a una supuesta tiranía del escritor y las formas olvidando demasiado rápidamente –por encantamiento de la novedad– que la literatura siempre fue y será la más democrática de las artes: mi *Tom Sawyer*, por más que cuente con las mismas palabras a la hora de ser descrito, jamás será igual a tu *Tom Sawyer*.

Ahí están todas ellas, verdaderas leyendas urbanas y cantos al cerebro eléctrico: novelas *on-line* interactivas que proponen al lector la tentación de sentirse un poco escritor mientras que, además, le hacen un corte de manga al editor, a quien ya no necesitan. Van desde lo ridículo y pretencioso hasta lo muy interesante (el curioso hará bien en pasearse por el completo site de Hyperizons donde se reúnen a conversar varias de ellas) a lo verdaderamente bueno. Detalle interesante y paradojal: dos de las mejores acaban de ser editadas en formato libro y –renunciando al mouse y recuperando el dedo paseándose por la página– son dignas de un paseo lento y pausado, como en los viejos tiempos.

House of Leaves –debut de Mark Z. Danielewski– creció durante años en los ordenadores del planeta antes de que la editorial Pantheon la convirtiera en carne de árbol. Los entusiastas no han dudado en definirla como "lo más parecido a una colaboración entre Vladimir Nabokov y Stephen King" pero a lo que más recuerda, en realidad, es a *The Blair Witch Project*: la historia documentadísima y apócrifa de una casa que es más grande por afuera que por dentro, una monografía académica titulada "The Navidson Record" y escrita por un ciego de nombre Zampanò de una película que tal vez exista o no. Un día, una pareja se muda ahí y... El paquete viene complementado con narradores múltiples, polaroids, cartas, dibujos, la palabra *house* siempre en color azul, páginas con una sola línea de texto, entrevistas falsas a Anne Rice, Steve Wozniak, Jacques Derrida, Camille Paglia, David Copperfield (mago), Harold Bloom y siguen las firmas.

Bret Easton Ellis la leyó y dijo que "Ballard y Pynchon deberían caer de rodillas ante Danielewski", pero exagera un poco. Aun así, a la hora de la verdad, el libro produce cierta inquietud. El sitio/novela ha desaparecido de la Red, no nos engañemos, para no dificultar la comercialización del libro. El autor ofrece entrevistas donde asegura, una y otra vez, que su padre enfermo de cáncer una vez leyó un cuento suyo y que le dijo que mejor se dedicara a otra cosa. Poe Danielewski –menos torturada hermana del autor– promete *compact* con canciones que acompañan el libro.

253 –de Geoff Ryman– es menos espectacular en sus ambiciones pero más interesante. Ryman –veterano del *fantasy*– ya había escrito *Was*, una inteligente novela que explora el universo de Oz y propone una realidad alternativa donde Dorothy es una vieja internada en un manicomio y el Espantapájaros agoniza su Sida en Santa Mónica con modales de Dennis Potter a la hora de la deconstrucción de un mito.

253, en cambio, cuenta doscientas cincuenta y tres vidas en doscientas cincuenta y tres palabras a bordo de un subte londinense de siete vagones. Cada una de las vidas/personajes ocupa una página/pantalla y se dividen en tres secciones: "Apariencia externa", "Información íntima", "Qué hacen y piensan". Mini-ficciones súbitas fundamentadas en la curiosidad que siempre nos provocará ese desconocido/a que se nos sentó al lado. El tiempo de duración de la novela es siete minutos y medio –la distancia entre cuatro estaciones. No pasa nada y pasa de todo, como en la vida misma. La novela y los planos de los vagones sigue ahí (**www.rymannovel.com**) y hasta se da el lujo de invitar a los lectores a escribir una continuación: aquello que ocurre en el subte que viene detrás del de *253*. La verdad –Ryman confiesa– es que "armar todo el andamiaje informático para poner el libro *on-line* lleva tanto tiempo como escribir otro libro. Ahora es el turno de otro".

En formato libro –antiguo, caduco– ambas novelas han sido criticadas como traiciones imperdonables de los autores por los puristas del punto doc. Para los que todavía disfrutan del acto de sostener en las manos un libro –*House of Leaves* y *253* son lindos objetos, hay que decirlo–, estas novelas son bienvenidas oportunidades de viajar a otros mundos sin moverse de éste. Lo mismo de siempre. Así fue, es y será. Por suerte. ♣

Mil perdones

En la pasada edición de *Radarlibros* en el artículo de contratapa que se refería al escándalo alrededor de *Baise moi*, la película de Virginie Despentes, se publicó una foto que no era la de la autora. Así luce la escritora que desató la ira de los censores parisinos.

WEBEANDO

Entrevista a los creadores de **literatura.org**

"Osvaldo Soriano solía decir, con un cierto orgullo que nos emocionaba, que el nuestro no sólo era el sitio más completo de la literatura argentina sino el más completo de la literatura en cualquier idioma", dice Ernesto Resnik, uno de los encargados de **literatura.org**. Soriano era un fanático cibernauta y hasta sus últimos minutos cargó una Macintosh sobre sus piernas, navegó por el ciberespacio y despachó mensajes a todos sus amigos. La página fue "colgada" de la red en 1995, cuando Microsoft todavía no tenía su página en Internet, y hoy la visitan más de 150 mil personas por mes.

literatura.org es uno de los más completos sitios de literatura argentina contemporánea en la red. Contiene información de más de 80 escritores argentinos: 1882 textos, 1500 imágenes (incluidas las de presentación de diseño), unos 20 archivos de audio y cinco películas. Y están en preparación las páginas de varios autores más.

Los responsables son tres argentinos que viven en el exterior. Y ninguno tiene nada que ver con la literatura, profesionalmente. Resnik es biólogo molecular, Elena Achával y Eduardo Tabacman, matemáticos. "Somos sólo grandes lectores, con conocimientos de computación y una pequeña (o grande) vocación por difundir nuestra cultura", dice Resnik. "Nuestra vinculación con Internet se benefició de nuestra privilegiada posición en la Universidad de Minnesota, una de las universidades pioneras en el desarrollo y utilización de Internet. El sitio estaba originalmente alojado en la Universidad, y recién pasó a tener un servidor propio hace un año."

Los sitios dedicados a la difusión –no a la comercialización– de literatura no brindan ningún beneficio económico, por lo menos a sus creadores. "Si tuviésemos que cobrar por hora de trabajo, diría que un sitio como el nuestro ya andaría, fácil, por los miles de dólares, pero la página viene creciendo desde 1995 y la verdad es que nunca la consideramos terminada", sostiene Resnik. "Al comenzar nuestro proyecto tuvimos conversaciones informales con otros amigos latinoamericanos (de Uruguay, México y Venezuela), con la idea de que en cada país se crearan sitios parecidos que luego estuvieran 'virtualmente' enlazados. Lamentablemente la idea no prosperó hasta el día de hoy, pero nos gustaría que se concretara alguna vez."

En 1995, **literatura.org** contaba con "una selección estrictamente caprichosa de ocho autores". Actualmente atienden "los reclamos de todo autor o lector que nos insulta por la ausencia de escritores que debieran estar. En muchos casos no podemos hacer una página por ausencia de material a nuestra disposición, ya sean textos, biografías o fotos. Esto ha demorado la confección de ciertas páginas, notablemente la de Juan Filloy, de quien no tuvimos suficiente material hasta hace unos meses", explica el biólogo.

literatura.org funciona también como un club literario. No sólo por los foros de discusión que se proponen. Sus cuentos colectivos son una permanente invitación a todos los que se animen a escribir. "Adaptamos un programa un poco según nuestro gusto y nuestras necesidades, y así surgió lo que creemos es el primer sitio hispanoparlante con cuentos interactivos de ese tipo. Los cuentos, desde su comienzo, han sido inmensamente populares. Participa gente de todo el mundo, aunque mayormente de Argentina, España y México."

MARCELO CRESPO Y GERMÁN GÓMEZ

“A la manía, cocaína mala”

POR PABLO TASSO, DESDE CÓRDOBA Filloy había hecho un mito de la longevidad, y no es una casualidad que llegara a vivir los ciento cinco años que desde la semana pasada marcan todas las necrológicas que se escribieron en el mundo. Injustamente, Filloy era más conocido por su edad que por su inmensa producción, cosa que le dolía. Se quejaba de que nunca lo entrevistaban periodistas que se hubieran preocupado en leerlo. La mayoría estaban interesados en visitar al hombre que superaba la centuria y aún era capaz de recitar un soneto de Petrarca o escribir una dedicatoria en griego.

Su mito literario data de los años treinta, cuando escribió una novela que quizá debió opacar toda la obra de Roberto Arlt: *Op Oloop*. Un texto brillante y erudito que describe a un argentino de principios de siglo, que dada la riqueza y el desenfado local, era capaz de convidar champán en el mejor restaurante de Buenos Aires y luego dirigirse a alguno de esos peringundines del bajo, donde se pagaría una de aquellas prostitutas nórdicas que pululaban en la ciudad.

Ése era Filloy, un escritor al que la mayoría de los cordobeses imaginaba “costumbrista”, aunque se haya cansado de definir sus versos como “coprolálicos”. Sus novelas y sus poemas son el testimonio de un descaro que aún asombra y asombrará a sus futuros lectores. Fue un amante de los juegos verbales. No sólo porque los títulos de sus libros hayan tenido siete letras y tengan un título que empiece con cada letra del abecedario, sino por su afición a la palindromía. La palindromía fue el terreno en el cual se lució en un mundo literario que quizá no entendió que la mejor literatura puede surgir del más profundo aburrimiento.

Escribió *Karcino*, un libro único en el que explica el funcionamiento y su pasión por estas frases que pueden ser leídas de atrás para adelante. Filloy se burla ahí de la conocida “dábale arroz a la zorra el abad”, al consignar más de mil frases de ese tipo (aunque él mismo decía que escribió casi catorce mil). Algunas de ellas, por su belleza y picardía, se recuerdan de memoria: “A la manía, cocaína mala” o “Allí toca Pedro Netoxas, saxo tenor de pacotilla”.

Le gustaba burlarse de la política y de los políticos: “Libe don Italo Lúder, crédulo latino débil”. Luego fue Menem, quien desde ya poseía un apellido jánico: “Allí tapábase Menem esa patilla”. Ni siquiera se salvó el actual Presidente, del que ironizó apelando al lenguaje indio que tanto le gustaba de su Río Cuarto ranquel, donde vivió toda su etapa de juez: “Aura le da Menem a De la Rúa”.

Le gustaba sentirse un recordman de la palindromía, aunque sabía que otros lo veían como el escritor de tres siglos: nació en el 19 y se supone que murió en el 21. Pero cuando se desentierren sus libros inéditos, será probablemente el argentino que más sonetos escribió. De sus casi cincuenta libros apenas se editaron la mitad, la mayoría de ellos casi imposible de encontrar, porque pagó la mayoría de sus ediciones.

Su obra fue elogiada por el mexicano Alfonso Reyes, pero olvidada por casi todos los grandes escritores argentinos. Cortázar –que lo menciona en *Rayuela*– fue quizás uno de los pocos que no dejó de agradecerle su aporte a su literatura. Mempo Giardinelli fue el último que realizó un elogio sistemático de su obra.

Conversar con él era gritar, pues tal era su feroz sordera, la que no le impedía reírse o divertir con chistes verdes a cualquiera que quisiera compartir con él un té o una copa de licor de menta. “La vejez es así –decía–, se endurece el oído y se ablanda el esfínter.” Él mismo era parte de su humor. Nunca le prestó atención a Bioy Casares, como tampoco a Ernesto Sabato. Para él eran tal vez dos jovencitos prometedores. Cuando la senectud comenzó a hacerse evidente con la muerte natural de su mujer y de uno de sus hijos, Filloy fue retrayéndose para no pensar en las ausencias. No sólo fue una contracara de Borges, sino una antítesis del Sabato pesimista y fúnebre. Para comprobar que lo suyo no era una longevidad casual basta con leer sus primeros libros, de los años treinta, en los que hace reiterados elogios a la longevidad. No es una casualidad que caminara todos los días o que sólo fumara un cigarrillo diario, aplicando el mismo método que lo llevó a escribir todos los días de su vida literaria. “Me he propuesto fumar un cigarro diario. Si no lo hiciera, me traicionaría. ¿Por qué habría yo de querer traicionarme?”

Alejado de los círculos literarios, Filloy no se sorprendía si algún amigo lejano dejaba de escribirle. “Cierto que usted es santiagueño”, me dijo en una de nuestras charlas. “Dígame: ¿cómo anda Canal Feijóo?” Atónito, le contesté que estaba muerto hacía más de veinte años y recibió mi respuesta como una noticia reciente (en pleno 1999).

Filloy queda ahora como Canal Feijóo en los libros y en los recuerdos. Pero a diferencia de otros escritores que se van en la gloria, el territorio Filloy aún nos queda por explorar. Los editores tienen que desempolvar lo más importante de su obra poética y reeditarla, para los cientos que durante años buscamos sus libros y los atesoramos como incunables y para los que sumarán a esos cientos.

Gaudium, Homo Sun, Ironike, Item Más, Llovizna, Nefilim, Nepente, Tanatos, son sólo algunos de los libros que deberán ser resucitados de la muerte de la inedición. Los otros, los más famosos: *Balumba* y *La Potra* (de la mítica saga de *Los Ochoa*), *Periplo, Tal Cual, Vil & Vil, Yo, yo y yo* o *Caterva* también deberán salir de las ediciones casi secretas de la Universidad de Río Cuarto o las de la editorial Losada que comandaba Bernardo Verbitsky en los cincuenta. La muerte de Filloy, más allá del dolor de toda pérdida, debería ser el despertar de una obra vigorosa y desconocida.♣

A la edad de 105 años murió el mítico escritor Juan Filloy. Con él se fue un testigo privilegiado del siglo. Su erudición y su sensibilidad artística le valieron la condecoración en Francia como Chevalier de l'Ordre des Arts et des Lettres así como otros tantos premios nacionales y extranjeros.

COMPOSICIÓN DE LUGAR POR CLAUDIO ZEIGER

Postales ciudadanas

¿Qué lugares prefieren los escritores una vez que trasponen el umbral de su casa? Contesta, el autor de *Nombre de guerra*.

El hecho de que un espacio se identifique por una unidad de tiempo ya es de por sí bastante significativo. Y ésta es, me parece, la diferencia básica entre un Mc Donald's y un 24 Horas. ¿Quién sabe cuánto tiempo está abierto exactamente un Mc Donald's? (se sabe, o se cree saber, cuánto duran las papas fritas de dicha cadena alimentaria. Cuenta la leyenda que no mucho más de veinte minutos hasta comenzar su proceso de, llamémoslo así, destrucción). Pero el horario del McDonald's es irrelevante. No es un Pago fácil (otro nombre un poco contradictorio para esos lugares llenos de pequeñas prohibiciones). Uno pasa frente a un McDonald's y si está abierto entra sin cuestionarse nada. Un 24 Horas está hecho todo de tiempo, como Platero está hecho todo de algodón. El lugar es lo de menos. Son todos más o menos iguales. No venden una ideología como el McDonald's. No hace falta pertenecer al “mundo” del 24 horas. Pero puestos a elegir, me gusta mucho el 24 horas de Santa Fe y Agüero. Tiene una calidez diferente a los que están incrustados en enormes estaciones, hiperiluminados. Su ubicación en esa esquina lo pone en el centro privilegiado de una de las zonas de cruces de códigos culturales más intensa de Buenos Aires: Santa Fe de noche, de día, de tarde, una metamorfosis lenta, colorida, un enclave callejero de lo más notable. Ya ingresados a “nuestro lugar”, nos percatamos de que roza los límites del no lugar. Uno va y se sirve, pide el café en la caja y si hay lugar se sienta. Y eso es todo o casi todo. La escenografía es austera, de mesas claras y fijadas al piso. Son mesas firmes, un poco frías al tacto, ideales para desplegar libros y papeles, para estudiar y leer y escribir. El consumo de todo lo que ofrecen las heladeras y la cafetería está indisolublemente ligado a los estímulos que vayan surgiendo de las lecturas y las conversaciones que tienen lugar entre las mesas: más te concentrás o entusiasmás, más comés o tomás. No falta el televisor (deportes y música). Alguna vez pusieron horarios para estudiar, una medida que tendía a que la gente que no va a estudiar también pueda usarlo. Definido por el tiempo, el 24 Horas de Santa Fe y Agüero se constituye en realidad por la gente: oleadas de gente que se mezcla, se roza y se va. De pronto se arma una escena neoyorquina; de pronto una escena de Bariloche, de pronto una escena porteña; de pronto una escena del camino: alguien sale entre los autos de la estación de servicio para perderse en la calle. El 24 horas es la vida en perpetuo cambio. En un momento hay que levantarse e irse.

FOTO: ANA D'ANGELO